

## Capítulo

# 1

### 00.15. Aeropuerto de Fiumicino, Roma

**P**or qué me obligaron a venir hasta aquí? —preguntó Jonathan Marcus al chófer, levantando la voz por encima del ruido de la lluvia invernal.

La borrasca romana se precipitaba con fuerza, golpeando el capó de un Maserati sedán negro de cuatro puertas. La camisa del chófer estaba empapada y su vientre se abultaba como un saco de arena.

—El socio le está esperando, *signore* —dijo, agarrando el maletín de Jonathan y abriendo la puerta trasera.

El agua descendió chorreando sobre los pantalones de Jonathan, y se metió en sus zapatos Ferragamo, pero él no pareció advertirlo. Señaló hacia las luces de la pista de Fiumicino.

—Debajo de la pista donde acaba de aterrizar mi avión estuvo hace mucho tiempo el puerto marítimo más grande de la Roma imperial. Lo llamaban el *Portus*. ¡Aún hay barcos romanos de dos mil años de antigüedad ahí abajo!

El chófer asintió cortésmente. Metió el maletín de Jonathan en el maletero y, al cerrarlo, le sorprendió ver que el alto joven seguía todavía de pie al lado de la puerta abierta, con los codos apoyados en el techo, mientras los pliegues mojados de su elegante camisa blanca

se adherían a sus musculosos hombros. Tenía la mirada fija en la pista de aterrizaje.

Jonathan Marcus había regresado a Roma como joven abogado de un importante bufete de derecho mercantil, enfundado en un traje azul de rayas y una corbata de Hermès con el nudo flojo, pero apenas diez minutos después de aterrizar sobre la *terra antiqua*, las piedras removieron los recuerdos de su doctorado en estudios clásicos.

—*Signore?* —El chófer señaló la puerta amablemente.

Jonathan agachó la cabeza para acomodarse en el impecable asiento trasero de cuero. Sobre el salpicadero de madera brillante, un capuchino recién preparado humeaba en una taza de porcelana china con el señorial logotipo del bufete DULLING Y PIERCE, S. L. Recordó la manía de la firma por la formalidad, y aunque la chaqueta estaba empapada, deslizó los brazos dentro de las mangas y se la abrochó.

—No resulta demasiado presentable —dijo suavemente, apartando el húmedo pelo castaño de la frente. La sombra de una barba acentuaba su anguloso y atractivo rostro, disimulando su aspecto de niño.

Un reloj digital en medio del salpicadero mostraba la hora con un brillo azul cobalto: las 00.17.

«Qué día más largo», pensó Jonathan.

Doce horas antes se encontraba sentado en su despacho del piso cuarenta y uno de la oficina central de Dulling, en el Midtown de Manhattan, enfrentado a otra noche solitaria examinando documentos, cuando el carrito del correo interno de la oficina le entregó un itinerario de viaje que llevaba una faja roja con la palabra «urgente».

Los detalles eran escasos, y sólo figuraba la hora de salida de un vuelo de Alitalia del aeropuerto Kennedy, tres horas más tarde, y su número de asiento en primera clase. Esto excedía incluso los estándares legendarios de secreto profesional de Dulling y Pierce. El brindis reciente de un socio durante una cena del bufete adquirió tintes de siniestro vaticinio:

—Con tu formación en estudios clásicos, Marcus, los vendedores de antigüedades del mundo entero te disputarán para que participes en sus juicios, ¿no crees?

El mes anterior, su representación de Andre Cavetti, cliente de Dulling y vendedor de antigüedades, lo había colocado bajo los focos

del mundo de las antigüedades. El Gobierno italiano había interpuesto una demanda en un juzgado de distrito de Manhattan, alegando que la galería del señor Cavetti en Madison Avenue exponía un desnudo de bronce de cincuenta centímetros sacado ilegalmente de la antigua ciudad de Morgantina, en la costa siciliana. El interrogatorio al que Jonathan sometió al experto del Gobierno italiano, el doctor Phillip von Bothmer, director de antigüedades griegas y romanas del Metropolitan de Nueva York, echó por tierra los argumentos del italiano.

—*En cuanto a la antigua ciudad de Morgantina, doctor Von Bothmer, el sitio de la supuesta excavación de mi cliente, ¿cuándo fue destruida?*

—*A comienzos del siglo II a. C. —El doctor Von Bothmer se dirigió a él con tono de reproche, como si Jonathan no hubiera estado escuchando las horas de testimonio—, Morgantina apoyó insensatamente a Cartago contra Roma en la Segunda Guerra Púnica. El estrato de tierra arqueológica es hollín negro, lo que significa que todo lo que había en Morgantina quedó destruido en ese momento. Totalmente destruido.*

—*Totalmente destruido —repitió Jonathan. Hizo una pausa, acercándose a la pequeña escultura que se exhibía de pie delante del estrado—. Dígame, doctor, ¿es usted un hombre aficionado a los pechos? —preguntó.*

*Un miembro del jurado soltó una carcajada, y luego la disimuló, sin éxito, tosiendo.*

—*¿Disculpe? —preguntó el doctor Von Bothmer.*

—*A los pechos, doctor. —Jonathan infló su propio pecho, unos centímetros delante de su camisa—. ¿No cree que los pechos de la estatua son un poco pequeños?*

*El abogado de la embajada italiana salió disparado de su asiento.*

—*¡Protesto, señoría, el letrado está acosando a mi cliente!*

*Las carcajadas retumbaron en toda la sala. Detrás de la mesa de Dulling, el socio supervisor dejó caer su cabeza calva entre las manos.*

—*La representación de los pechos de las mujeres romanas, señoría, sirve para establecer la fecha de los orígenes de una pieza ar-*

queológica, dependiendo de si los pechos son una manus o duae manus, términos latinos que se refieren al tamaño de una mano o de dos. —Hablaba como si estuviera explicando los tecnicismos legales más aburridos—. La teoría del experto de que esta estatua es anterior al siglo I implicaría una representación más voluptuosa, reflejando una influencia pagana. Estos pechos menudos delatan una influencia cristiana más acorde con una pieza de, digamos, Bizancio.

El juez del tribunal de distrito se ajustó las gafas de leer, y se volvió hacia el testigo:

—¿Es cierto, doctor Von Bothmer?

Por primera vez, el testigo pareció turbarse.

—La imaginería pagana de una Venus voluptuosa fue reemplazada por una representación más recatada por parte del cristianismo, después del siglo I. Así que —carraspeó—, tal vez...

—Tal vez —repitió Jonathan, caminando hacia el jurado—. ¿Entonces cómo se explica que una estatua con un busto cristianizado pueda proceder de Morgantina? Según su propio testimonio, Morgantina no era más que un montón de cenizas durante doscientos años, antes de la aparición del cristianismo.

El doctor Von Bothmer cambió de postura, echando una mirada nerviosa hacia la mesa del abogado italiano.

—Permítame retractarme, señoría —dijo Jonathan tras un momento, aflojando un poco la presión sobre el experto para terminar de rematarlo. Empleó el mismo tono respetuoso, pero ahora sin la sonrisa—: Doctor, ¿acaso su propio museo no acaba de devolver la crátera de Eufronio\* al Ministerio de Cultura italiano, tras saber que había sido sacada ilegalmente de Morgantina en 1984? ¿No es posible que al dar su testimonio aquí hoy..., un testimonio que incluso usted sabe que es académicamente inconsistente..., el Met quiera evitar un interés renovado en otras piezas pertenecientes a la colección del museo, por parte de la embajada italiana?

El doctor Von Bothmer abrió la boca para hablar, pero no emitió sonido alguno.

Jonathan volvió a la mesa de la defensa.

---

\* La crátera de Eufronio formó parte de la colección del Metropolitan de Nueva York durante treinta años hasta que el museo la devolvió a Italia en enero de 2008. [N. del A.].

—Cognoscere mentem, cognoscere hominem —dijo, con un tono apenas lo suficientemente alto como para que lo oyera el doctor Von Bothmer—. «Conoce el motivo, conoce al hombre».

—Signore —dijo el chófer.

El Maserati se había detenido en Piazza Navona, en el centro de Roma. El chófer dejó el motor encendido.

Jonathan se inclinó hacia delante.

—No he recibido ningún tipo de información respecto al lugar adonde voy.

El chófer no dijo nada; sólo señaló la fachada barroca iluminada de un palacio del siglo XVI del otro lado de la plaza.

Jonathan recordó una línea de su tesis doctoral en literatura latina: *Ducunt volentem fata; nolentem trahunt*, murmuró.

Sus ojos se encontraron con los del chófer en el espejo retrovisor cuando, para asombro de Jonathan, aquél tradujo la frase de Séneca.

—«Los hados guían a quienes los aceptan —dijo el chófer—; arrastran a quien los rechaza».